

A Vicente Géigel
Polanco, noble in-
teligencia y diáfa-

P.R. Ilustrado - 25/0ctubre/1941

USC UNIVERSIDAD DEL
SAGRADO CORAZÓN

NOTA

Este documento no está disponible en línea. Puede encontrarlo en la Colección de Emilio S. Belaval en la Sala de Información e Investigación en la Biblioteca Madre María Teresa Guevara de la Universidad del Sagrado Corazón.

MELODIA Y SILENCIO DE CHICAGO

Por Rosendo CHEVREONT

1—Metafísica de una urbe

HAY en toda realidad un poco de silencio, un residuo de pleno silencio.

Una ciudad es una inmensa melodía y un vasto silencio. La melodía es la tonalidad actual, coexistente con la múltiple vibración del enorme Leviatán urbano. Dicha melodía es valiosa, es preciosa, si nos conduce a su corazón silente, a la sorda y palpitante entraña milenaria de las cosas y los seres, a las ansias más vitales, a los cauces immanentes. La melodía es la lucha, la porfía, el proceloso conflicto, el amor al "struggle for existence", el afán de logro y supervivencia, la odisea de millones de desti-

2—Metabolismo de una ciudad

Chicago—que yo había atravesado meteóricamente años antes—polarizaba mi destino como un potísimo imán. Regresaba ahora al Norte después de años de ambular nomádicamente por el Sur, por California y Tejas. Chicago era mi norte, mi meta. Al acercarme a su periferia, atravesé pueblos cada vez más turbios, hacina-dos y centrifugos, filamentos de la formidablemente expansiva masa urbana de Chicago. Sobre aquel dilatado radio de centenares de aldeas y pueblos que como cachorros cubrían los flancos de la metrópoli, se proyectaba la imperiosa y tutelar sombra de Chicago. Por la arteria de aquella su-

mente comparable al "Times Square" de Nueva York.

Más de las dos terceras partes de la población es de nacimiento o de ascendencia extranjera. La mayor parte de estos extranjeros se ha aislado en estancos nacionales. Tal el sector de medio millón de polacos, el de medio millón de alemanes, el de un cuarto de millón de irlandeses, el de otro cuarto de millón de suecos, y el de otro cuarto de millón de italianos. Es pues, acertado subrayar, que Chicago no es un crisol o amalgama: es más bien un colosal falansterio.

De todos estos factores discrepantes se nutre el individualismo rampante en la historia de setenta años de dicha cosmópolis. Sobre ese espacioso,

debe a falla de la víscera cordial: 10,086 habitantes murieron del corazón en 1935. La segunda causa mayor de muerte en las estadísticas de mortalidad de dicho año fué el cáncer, dolencia lenta y pertinaz como el anárquico individualismo celular a que hicimos alusión. (Atribuidas a cáncer, ocurrieron en dicho año de 1935 4,508 defunciones.)

Pero una megalópolis como Chicago se renueva impertérritamente y a despecho de todo... Si diariamente muere un promedio de cien criaturas humanas, cada día también abren por primera vez sus párpados a la maravilla del mundo sensorial alrededor de ciento treinta y cinco seres racionales vivientes, cada uno con una trayecto-